

188 En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entónces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos, y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervántes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respetable las Monarquías, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, Magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes, y de proteger á los oprimidos: y finalmente Monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos Magistrados: siglo en que, segun toda razon, debian ser no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribucion de la justicia esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque supongamos que los Magistrados faltasen á la distribucion de la justicia, y que el Soberano engañado cerrase los oidos á las quejas. Si en este lance (que es el mas estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia, que no administraban ni los Magistrados, ni el Príncipe, el remedio de una injusticia particular produciria innumerables injusticias.

189 Pero si por desfacedores de tuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos, que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono para que lleguen á los oidos de los Soberanos los ayes de los miserables, que suele apartar la adulacion, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas tambien es cierto que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías, ni los impugnados en el Quixote, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroycos y grandes, que hicieron eterna la gloria de sus progenitores.

190 Ni eran ménos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruian las justas causas que deben ponerle en exercicio, substituyendo otras que son ilegítimas y viciosas: se referian hechos que por increíbles en el orden natural eran incapaces de ex-

citar á la imitacion , y así solo producian una admiracion inútil : y finalmente se recurria para las principales acciones á una especie de máquinas , que transformaban el valor en cobardía.

191 Quando el valor de los súbditos se ha reunido baxo la conducta de un Caudillo , ha producido sin duda las acciones mas gloriosas y mas útiles para el beneficio de los pueblos. Pero este mismo esfuerzo separado y dividido en bandos y facciones particulares ; que perjuicios , que destrozos , que ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males , verémos que no ha sido otro , que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

192 Las fuerzas que tenian los particulares , y que habian servido para la defensa de los Estados , separadas de este digno objeto , se empleáron unas contra otras en daño de los mismos particulares y del comun. Cada uno porque era caballero y fuerte , creyó poder sostener sus derechos con sus armas , y canonizáron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos , y las rebeliones contra sus Señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas , pintando Héroes respetados por la fuerza de su brazo : Héroes á quienes los mismos Soberanos hacian la corte , creyendo que de su capricho dependia la firmeza de sus tronos , y que si los descontentaban , eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos del alto estado de Reyes al miserable de mendigos.

193 Cervántes que era mas filósofo de lo que muchos creen , descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacian formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas , reprehende este vicio , pintándole con toda su ridiculez , quando Don Quixote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la Corte de un poderoso Rey (1.188), las distinciones que este le hace , y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos , venciendo muchas batallas , y ganando muchas ciudades. Pero ántes que Don Quixote haga esta menuda descripcion de los heroycos hechos del caballero imaginario , tiene una conversacion con Sancho , en la qual se da á conocer mas claramente el objeto de Cervántes. Propone Sancho á Don Quixote que en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras , se vayan á servir en la guerra á algun Emperador , ó

Príncipe: y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor y alcanzar recompensas dignas. Don Quixote convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razon, pero le añade, que *antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras*. Ve aqui pintado al vivo el desvariado concepto que tenian del valor y del modo de acreditarle. Antes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan ménos los impugnadores del Quijote, desde luego les concederémos que Cervántes pretendió extinguirle. Pero sepan que á pesar de sus discretas burlas ha durado largo tiempo esta desatinada creencia: que han sido menester muchas leyes, y mucho rigor para contener los frecuentes desafíos, que producía el arraigado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas: que en España se ha disminuido mucho este daño, no tanto por las sátiras de Cervántes, quanto por las sabias providencias de los Soberanos de la Casa de Borbon, y que sin embargo vemos aun lastimosamente en nuestros dias, que quieren acreditar su valentía en un duelo particular algunos, que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

194 No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Ademas de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores, que al mismo tiempo que aparecia digno de la mayor admiracion, se descubria incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero, y desbaratar sus esquadrones, arrebatarle sus banderas, y ganar una completa victoria, á qualquiera le parecerá que mas es un milagro, que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre, y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza, y muy distantes de la esfera de los demas hombres: y así ninguno puede pretender imitarlos quando conoce por las experiencias cotidianas, que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren, nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros, y para esto es preciso que sean verosímiles.

195 El espíritu caballeresco no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos Héros de sus novelas , se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias , desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes Capitanes , que los hechos que contados sencillamente como fuéron , despertarian el valor de quantos los leyesen , referidos con tantas increíbles añadiduras , solo sirven para excitar una estéril admiracion , ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota Cervántes en boca del Canónigo de Toledo , que encontró á Don Quixote quando le llevaban á su Aldea (II.381). Mosen Diego de Valera refiere , que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el dia de las bodas de sus hijas , se soltó un leon , y entró en la sala , de lo que se asustáron grandemente los Infantes de Carrion sus yernos. Pero despertando el Cid los reprehendió tratándolos de cobardes , y ató el leon sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvaríos caballerescos podia pintar como posible atar un leon , como quien ata un perro , y qualquiera hubiera tenido por loco á un hombre que tratase de cobardes á los que huian de un leon. Estas fábulas bastarian para desacreditar al Cid , si no supiéramos otros hechos ménos maravillosos , pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervántes quando pintó la temeraria aventura de los leones (III.142), con la qual y con otras temeridades que emprendió Don Quixote , y de que salió unas veces bien por pura casualidad , y otras mal por el órden regular de las cosas , ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas , que admiraban los simples , y solo podian imitar los locos.

196 Pero aun los mismos autores de los libros de caballerías conociéron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente , y por eso recurriéron á los encantamientos. Estos les servian no solo para hallar una solucion fácil en los lances mas intrincados , sino tambien para hacer creibles las acciones , que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupacion , con que en los siglos de la ignorancia se creia maravilloso todo lo que no se comprendia á primera vista. Por esto (como ya se ha notado) luego que viéron , que en los duelos particulares algunos campeones tenian armas de mucha mas fuerza , que las de los demas concurrentes

(efecto preciso de su mejor temple), como no conocían el mecanismo de esta causa, se diéron á creer que aquellas armas tenían una oculta virtud, que llamáron encantamiento. Las mismas leyes autorizáron esta preocupacion, mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las llevasen, y para precisarlos á jurar que no tenían mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increíbles: y estas semillas fecundadas en la fértil imaginacion de los escritores de novelas, produxéron tantas y tan ridículas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí saliéron los palacios y jardines encantados, de aquí las transformaciones repentinas, de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado, y de aquí finalmente aquellos encantadores amigos, ó enemigos que ayudaban, ó impedían las proezas de los caballeros.

197 Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referían las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿que valor hay en exponerse á las flechas del contrario, quando está uno cierto de que es imposible, que penetren la coraza encantada, con que está guarnecido el que las espera? ¿Y como ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa, el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxito?

198 Estas reflexiones, que qualquiera podia hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vulgo, enemigo siempre de reflexionar, los leía con el aplauso que lee en nuestros tiempos los Romances de guapos y bandoleros, llenos tambien de acaecimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de exâminar lo cierto, ó verosímil. Cervántes para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con mas aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la Religion, por la

patria y por el Soberano, representó en el quadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos, que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199 Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos (III.197), en que Don Quixote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personajes, entre los quales no olvidó á la Señora de su alma.

200 De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quixote. La de los gigantes en molinos de viento (I.53), la de los exércitos en rebaños de carneros (I.152), la de Dulcinea en labradora (III.82), la del Caballero de los Espejos en el Bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (III.118) y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosilos (IV.194) son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, quando en la venta disputaba Don Quixote que la bacía era el yelmo de Mambrino (II.330).

201 Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero, para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuviéron principio ciertos hechizos y aligaciones á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace Cervántes es muy oportuna. Don Quixote viendo por las bardas del corral que mantenían á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del Moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse: y al punto creyó que le habian encantado (I.143). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quixote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202 Con todo, ninguna de estas cosas disminuía tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes, como el suponer que cada uno tenia un sabio encantador que le ayudaba, y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios de los Maniqueos. Tales eran el sabio Freston, que por favorecer á otro caballero su ahijado, perseguia á Don Quixo-

te (I.48): el que llevaba á este (segun él creia) en el barco encantado (III.155), y el que le pareció que estorbaba esta aventura (III.161), con otros diferentes de que se hace irónica mencion en el discurso de la fábula. Claro está que ayudados de estos encantadores podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien, que con este auxilio sus acciones heroicas mas eran obras de encantamiento, que pruebas de valor.

203 Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho ménos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales, pues los tales libros se puede con verdad asegurar, que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo qual Cervántes reprehendió discretamente en su Quixote los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

204 En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los quales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mugeres á la prueba de agua, ó hierro sino quando no habia quien se presentase á defenderlas. Así la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas fuéron causa de que estas obsequiasen, y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos, que podian ampararlas, y esta idea de proteccion tan lisonjera, y tan conforme al gusto dominante, los inclinó á emprender voluntariamente la defensa de las mugeres nobles y hermosas. De semejantes ideas recibidas generalmente en aquel tiempo provino el amor caballeresco, esto es la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

205 Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del galanteo, y todos adoptáron con gusto sus principios; pero singularmente los nobles, que al fin así como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenian otro ídolo que su dama.

206 Estos fuéron los Héroes que se propusieron los escritores en sus obras, las quales diéron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedian en mucho la extravagancia de los originales. *Las novelas de caballería* (dice un

autor moderno) *lisonjearon el deseo de agradar á las damas, y diéron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad, y de la hermosura de las mugeres conduxo á la galantería: la qual se perpetuó con el uso de los torneos, que uniendo en sí los derechos del valor y del amor, la diéron mucha consideracion y aumento.*

207 Imbuidos pues los caballeros en las máximas que leian en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quien consagrar sus acciones: obligacion la mas opuesta, no digo á la moral christiana, sino á la misma fe que profesamos.

208 La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mugeres, y por consiguiente las mas capaces de hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexô. Por esto para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se viéron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos, que los que hasta allí habian bastado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas, y á la perpetua custodia de las dueñas.

209 Pero este remedio en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leian estas encerradas doncellas para divertir su soledad aquellos perjudicialísimos libros de caballerías: encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las quales los caballeros enamorados se pintaban como Héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas, se trataba de justa correspondencia: y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las quales ó por ignorancia, ó por malicia les contaban cuentos de la misma moral que las novelas.

210 De tan perjudiciales principios se seguian ordinariamente lastimosas conseqüencias, pues deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondian fácilmente; y sin consideracion á las señas



y mensajes que les enviaban los caballeros (perseguidores baxo el título de defensores de la honestidad) ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguíanse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las dueñas, á quienes engañados los padres fiaban el cuidado de sus hijas: y aun por eso vemos quan acordes están nuestros escritores en tratarlas de terceras.

211 De aquí resultaba muchas veces que los padres, llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios, que jamas hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen Religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

212 Para conceder pues, que los libros de caballerías inspirasen máximas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas conseqüencias de sus principios y máximas: conseqüencias que no se siguiéron por pura casualidad, sino por una precisa conexiön, atendido el carácter de los dos sexôs, y la humana flaqueza.

213 Pero no decimos por esto que sea útil á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitirles sin distincion todo trato, y fiar de la prudencia de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros, que se encuentran con freqüencia aun en la sociedad y trato, que parece mas inocente, pues para imaginarlo seria menester carecer de razon: y aun quando la razon no probara lo contrario, lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máximas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la honestidad: que en ellos se aprendia leyendo, la disolucion que hoy se aprende tratando: y finalmente que la sátira de Cervántes contra los excesos de aquellos tiempos, no pudo ser de ningun modo causa de los que por camino contrario experimentamos en los nuestros.

214 Para evidenciar esta verdad será menester que recorra-

mos brevemente todos los principales amores de que se habla en el Quixote. Y empezando por los de este con su señora Dulcinea (1.7), veremos luego, que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion, de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo Don Quixote para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre, que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo (1.96), así como en las juiciosas reconvenciones de este se ve, quan sin fundamento y quan contra la Religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir que unos amores tan castos y platónicos como los de Don Quixote, nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer, que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña, que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas consequencias, como los que son hijos de una pasion vehemente.

215 Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creian cosa muy natural, que enamoradas de un caballero, le buscasen y se entregasen á él: de modo, que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad, siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. Á tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descubre Cervántes, quando el mismo Don Quixote, que con tanta acrimonia reprehende á Sancho, porque creia haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo Don Fernando (11.345), ese mismo cree, que la hija del Castellano le viene á solicitar de noche (1.128), y que la hija de un Rey á cuya Corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero (1.189).

216 Esta persuasion del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer, que un amante por solo estar enamorado era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyáron y difundieron los poetas. El amor que tenia Grisóstomo á Marcela es un retrato de las funestas consequencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura (1.109).

217 No eran menores los daños que producía en las doncellas

la lectura de los libros de caballería. Los padres temerosos de los perjuicios que podían seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creían inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exígerla, se persuadiéron á que para defenderlas de este daño, era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creído, que Cervántes pretendió reprehender este retiro, y por eso le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que así piensan, ó no han leído el Quixote, ó no le han entendido. Don Quixote respondiendo á Altisidora en un Romance, la dixo estas quatro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres (iv.96).

*Suelen las fuerzas de amor  
sacar de quicio las almas,  
tomando por instrumento  
la ociosidad descuidada.*

*Suele el coser y el labrar,  
y el estar siempre ocupadas  
ser antidoto al veneno  
de las amorosas ansias.*

*Las doncellas recogidas,  
que aspiran á ser casadas,  
la honestidad es la dote  
y voz de sus alabanzas.*

*Los andantes caballeros,  
y los que en la Corte andan,  
requiébranse con las libres,  
con las honestas se casan.*

218 Esto mismo confirmó quando dixo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacía de ociosidad, que la tuviesen ocupada, y se dexaria de amores (iv.313). Lo cierto es, que los inconvenientes que se seguían de aquel encierro, no consistían tanto en el mismo encierro, como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertían en leer historias caballerescas, comedias y poesías amorosas, y con esta lectura se despertaban las pasiones, que no podía por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á enten-

der Cervántes quando Cardenio refiere que Luscinda le pidió el Amadis (II.37), y quando Dorotea dixo al Cura que habia leido muchos libros de caballerías (II.114).

219 Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenian las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando (II.84), en la de Dorotea de ir á buscar al mismo Don Fernando, para vengar en él su deshonor (II.106), pero mas trágicamente en el arrojado de Claudia Gerónima, que por unos zelos mal fundados dió muerte por su propia mano á su amante Don Vicente Torrèllas (IV.230).

220 Todos estos excesos provenian, de que las doncellas deslumbradas con las agradables pinturas del amor que leian, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rejas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y Don Luis, siendo ellos por otra parte dos criaturas inocentes (II.311).

221 Seguíanse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se ve en los amores de Don Fernando (II.99) y la historia de la Trifaldi (IV.34), y de este modo se venian á encontrar las inconsideradas doncellas en los lances que no supieron precaver, de lo qual se arrepentian las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonoradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Así sucedió á la burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos (IV.195): y así tambien á Leandra, que despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Rosa, de quien se enamoró solo por ver su gallardía, y oír las mentidas proezas que contaba (II.395). En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería, pues como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creian verdaderas las protestas de los hombres, y estos consultando sus livianos deseos, y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban, como Don Fernando á Dorotea. Por eso quando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana, fuera de su casa en traje